

reflexiones sobre la coyuntura política previa a las elecciones nacionales¹

*Ricardo Forster*²

Si hubo dos años realmente complicados y con una perspectiva hacia adelante para nada clara fueron el 2008 a partir de la crisis desatada con el sector agrario y la multiplicación de esa crisis facturada fuertemente por el engranaje mediático que desembocó en la derrota del gobierno en las elecciones del año 2009. Sin embargo, luego de esos sucesos se vislumbró una oposición deshilachada, una contienda donde nadie terminaba de acordar con nadie y donde efectivamente el poder real, en términos de legitimidad política, seguía estando del lado del gobierno, que tuvo una capacidad inusual en la historia política de los últimos cincuenta años en la Argentina. Esto es, que en momentos de extrema dificultad y en momentos de una presión corporativa inmensa, no sólo no retrocedió, sino que dobló la apuesta. Cabe recordar que de la salida del famoso “voto no positivo” de Julio Cobos se produce lo que sin dudas es un momento clave en la construcción de estos últimos años y que tiene mucho que ver con el modo de enfrentar la crisis de la economía mundial, el modo de comenzar a revisar profundamente los motivos que llevaron a que una parte importante de la sociedad adscribiera al dispositivo y al discurso agromediático que hacía del gobierno un grupo de canallas y de corruptos y donde el símbolo de “la caja” venía a reemplazar a la idea del Estado como núcleo elemental, vital e indispensable de una vida socialmente más justa para el conjunto de los ciudadanos.

Pero lo cierto es que allí se remó contra la corriente. O sea, contra una de las corrientes más fuertes que tuvo la democracia argentina desde el año 1983 en adelante, en parte equiparable a lo que significó el momento posterior de Ricardo Alfonsín a Semana Santa y, bajo otras premisas, a la crisis ya terminal

(1) Intervención realizada en Cabal el día 28 de julio de 2011.

(2) Doctor en Filosofía, Investigador y Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA), escritor, ensayista e integrante del grupo de intelectuales de Carta Abierta.

del dispositivo de la Alianza con la salida de Chacho Álvarez del gobierno y la pérdida tajante de legitimidad.

La diferencia fue que el gobierno de Cristina Fernández hizo algo insólito para la democracia argentina desde la época de Arturo Frondizi en adelante. A ver, incluso podría retroceder al último período del gobierno de Perón, donde también hubo un giro, un cambio y una adaptación a las demandas de los nuevos exponentes de la economía mundial. Sin embargo, una nota muy destacada, muy decisiva y políticamente notable fue la toma de riesgo. Digo, la capacidad de proyectar sobre la escena nacional una decisión, una voluntad de sostener un posicionamiento y, al mismo tiempo, de avanzar y de doblar la apuesta. Es más, hasta incluso de inventar sobre la marcha. Esta es una característica que también hay que señalar. Si bien hay núcleos que ya podrían advertirse en el discurso de asunción de Néstor Kirchner el 25 de mayo del año 2003, también es cierto que el kirchnerismo se ha ido constituyendo, se ha ido inventando y se ha ido desplegando desde el interior de un proceso histórico extraordinariamente complejo y cambiante, tal como ha sido el propio de los últimos años.

En diciembre del año 2007, Cristina Fernández asume la presidencia con el 46% de los votos, muchos de los cuales provinieron caudalosamente del mundo agrario. Santa Fe fue una de las provincias donde más votos obtuvo el Frente Para la Victoria en los pequeños pueblos. Lo mismo sucedió en Córdoba. Pero ya en ese momento se podría apreciar que las grandes ciudades le eran más o menos esquivas a la presidenta. Había perdido previamente en la ciudad de Buenos Aires con Mauricio Macri en el año 2007; vuelve a perder -ya en las presidenciales- con Elisa Carrió también en la ciudad de Buenos Aires y hace lo propio en Rosario y en Córdoba. No pierde Mendoza por la alianza que en ese momento teje Néstor Kirchner con el radicalismo mendocino de la línea de Julio Cobos. Pero lo cierto es que si uno se instala en diciembre del año 2007 no hubiera podido proyectar, cuatro años después y apenas transcurridos 3 meses desde la asunción de Cristina, la magnitud de la crisis que se desató a partir de la Resolución N° 125. Las cosas estuvieron al límite. Ese fue el momento en donde surgió, por ejemplo, la experiencia de la que soy parte y que es Carta Abierta. Lo hicimos proyectando sobre la escena política una idea-frase que tuvo su consistencia. Me refiero a aquello del "clima destituyente". Nosotros leíamos en los meses de marzo, abril y mayo del año 2008 que estábamos frente a un conflicto que no se ligaba exclusivamente a intereses sectoriales, a algunos puntos más o menos de retención o que tenía que ver puramente con una problemática de una corporación que estaba disputando finalmente la magnitud de la renta, sino que se trataba nuevamente de la reaparición en la escena política argentina de una vieja tradición del poder real y del poder económico argentino: la tradición destituyente.

Esta tradición tiene distintos momentos y distintas cristalizaciones. Obviamente, en los años dominados por la Doctrina de Seguridad Nacional, lo destituyente terminaba en un golpe de estado. Esto es, avanzaba el proceso de degradación y de deslegitimación y luego venía el momento salvacionista, virtuoso y supuestamente republicano -todos los golpes de estado en Argentina se hicieron en nombre del rescate de la república de la corrupción de la política y de los políticos- de las fuerzas armadas. Los golpes de estado en el país variaron entre los sangrientos y los brutalmente sangrientos. Uno podría pensar que hay un *in crescendo* que va de la destitución y el golpe contra Frondizi en 1962, que pasa por la destitución y el golpe contra Arturo Illia en 1966 y que llega hasta la brutalidad de la dictadura videlista en 1976 que sumergió a la Argentina en la más oscura de las noches. Pero lo cierto es que ningún gobierno democrático había podido realmente resistir el andamiaje y el peso poderosísimo de las corporaciones económicas cuando éstas ya habían tomado una decisión. Me refiero a ir desmontando sistemáticamente las conquistas sociales y, en el imaginario social y en la materialidad real de lo económico en la Argentina, todo lo que implicaba una distribución bastante equitativa de Producto Bruto Interno (PBI). Argentina, a diferencia de otros países latinoamericanos y europeos, había alcanzado históricamente un nivel de equidad que implicaba una combinación también muy importante de distribución más equitativa de los bienes producidos y también de lo que podríamos llamar la producción de sujetos sociales no solo portadores de derechos sino con una fuerte participación en la vida social y política y con una capacidad de demanda como no aparecía en otros países de América Latina. Cuando nos comparamos con Chile o Brasil, una de las cosas más notables que encontramos es que, tanto en el mundo social popular, como en el mundo sindical de ambos países, se tiende a un tipo de negociación con las estructuras económicas concentradas absolutamente opuesto a lo que ha sido la historia de la puja por la distribución en la Argentina. El nivel de demandas, el nivel de participación y el nivel de exigencias es infinitamente mayor en nuestro país. Y el nivel de conciencia respecto a las demandas también lo es. Cualquiera que conozca la vida sindical brasileña, sabe que, por ejemplo, un delegado de fábrica en Brasil no puede hacer política gremial en el interior de una fábrica sino que la tiene que hacer fuera de la misma. A ver, la experiencia del Partido de los Trabajadores (PT) ha sido realmente extraordinaria. Pero en términos de conflictos respecto a las grandes corporaciones económicas, su postulado y posicionamiento es infinitamente más conservador frente al poder real económico de lo que ha sido la experiencia política – económica argentina de estos últimos años. Ni que hablar de Chile, que incluso bajo el gobierno de la Concertación mantuvo una estructura de genuflexión y de feudalismo decisiva en la sociedad chilena, a partir fundamentalmente de lo que el pinochetismo -como cultura represiva- generó al desmontar las viejas tradiciones combativas sindicales y políticas del Chile que estalla con el golpe del año 1973.

Digo esto porque siempre aparece un escenario rápidamente construido. Me refiero a comentarios del tipo “cómo no nos parecemos a Chile o a Brasil”. Países sin duda maravillosos en muchos aspectos, pero donde la diferenciación social, la jerarquía y la construcción de la pirámide social, resulta casi intocable. El poder económico en Brasil es intocable. Lo mismo sucede con el militar. Cuando a Lula da Silva se le ocurrió abrir un proceso tímido de verdad y justicia respecto de la dictadura de los años ´60 en Brasil, éste no solo se canceló inmediatamente sino que hasta tuvo que renunciar el ministro que estuvo a cargo de la iniciativa. Por su parte, Dilma Rousseff, que proviene de la tradición de aquellos que sufrieron la represión de la dictadura, también tuvo que retroceder.

Menciono esto para poner en valor mucho de lo que ha sucedido en la Argentina y las tensiones y contradicciones que nos cruzan. Insisto: donde se junta un mundo social que ha recuperado velozmente la capacidad de demanda que le había sido brutalmente acallada y reprimida en la enorme crisis de los ´80 y ´90. A ver, no hay mejor forma de disciplinamiento social que una crisis económica lleve al borde del abismo a un país. Y si esa crisis económica asume la forma de la hiperinflación, el nivel de fragmentación en el interior de la vida social es tan poderoso que genera no menos de una o dos décadas de regresión social, de temor social y de pérdida de capacidades de disputa. A eso se le agrega, por supuesto, índices de desocupación de dos dígitos y un proceso de desindustrialización que avanza rápidamente y que deja a una sociedad en estado de intemperie. Eso es lo que se rompió a partir del año 2003. Uno puede anticipar eso ya con la crisis del año 2001 y con lo sucedido entre los años 2002 y 2003, pero lo cierto es que si algo pasó, fue que la reparación del daño estructural de la vida social y económica argentina generó, al mismo tiempo, un aumento exponencial de la capacidad de demanda que no había quedado silenciada en su totalidad y que no había sido expulsada del todo de los núcleos mismos de la vida social argentina.

Mundo del trabajo, sindicalismo y Estado

Hay en la vida social argentina demandas de igualitarismo, demandas de equidad y demandas de derechos que están muy arraigadas. Cualquiera que tenga vinculación con las demandas de los sectores populares en los niveles de salud, de educación e incluso en la Obras Sociales sindicales, sabe lo que esto significa. Y este es un gobierno que ha avanzado sobre esta compleja problemática. Me refiero a la reconstrucción de un tejido económico prácticamente en estado de disolución, lo que inmediatamente también generó una recuperación del mundo social del trabajo, que implica, a su vez, una recuperación

del mundo sindical. Esto es un vaso comunicante inmediato en Argentina. No hay recuperación del trabajo que no tenga como reflejo inmediato una capacidad de intervención en el espacio público y en la disputa por la renta de parte de los sindicatos. De ninguna manera es una mala noticia que los sindicatos recuperen capacidad, recuperen potencia y recuperen fuerza. Esto está poniendo en evidencia que hay una recuperación equivalente de la capacidad de intervención en la disputa por la renta de los asalariados. Cuando lo que avanza es la desocupación, cuando lo que avanza es la desindustrialización, cuando lo que avanza es una economía libre de mercado que se lleva por delante derechos y conquistas, la realidad de los sindicatos es que han sido no solamente fuerzas defensivas sino que terminan siendo cómplices de la desestructuración de sus propias esferas económicas. Lo mismo ha pasado con el caso de los ferroviarios. La degradación de la Unión Ferroviaria va de la mano con la captura neoliberal del negocio ferroviario. Esto, por supuesto, implica otra discusión que no hay que eludir. Me refiero a la transformación de una parte importante del sindicalismo argentino en sindicalistas empresarios. Debemos ser sinceros en este tema. La transformación tiene que ver con ese regalo envenenado de las Obras Sociales. A ver, eso llevó a procesos complicados que hoy aparecen fuertemente en la escena argentina. La primera es que se desplaza un núcleo clave de la visión de los asalariados y de los propios sindicatos respecto a lo que llamaríamos “la cosa pública”. Las Obras Sociales vienen a reemplazar a la salud pública. Por lo tanto, en la agenda de los sindicatos la problemática del hospital y de la salud pública no está a la orden del día. Lo que también los pone, de alguna manera, fuera de esa relación imprescindible con la reconstrucción de lo público y la reconstrucción del estado. Es más, incluso invierte las condiciones de despliegue del sindicalismo en los años de fundación del peronismo, donde por supuesto los sindicatos no se hacían cargo de las Obras Sociales y el sistema de salud -desarrollado fundamentalmente por Ramón Carrillo- se sostuvo sobre la idea del hospital público. En términos de lo que un sindicato debe defender, eso, ideológica y políticamente hablando, es muy dañino.

Otro problema es que el sindicato comienza a transformarse, en parte de sus estructuras, en una empresa. Aquello que le pasó al proyecto Sueños Compartidos le pasa a todo aquel que transfiere una organización –en este caso ligada a los Derechos Humanos o ligada, como los sindicatos, a la defensa de los derechos de los trabajadores- a la lógica del capitalismo. Ustedes, en tanto cooperativistas, lo deben atravesar permanentemente. El mundo del cooperativismo habitualmente tuvo que negociar y discutir con esas mutaciones que siempre produce la demanda del mercado. Digo, cómo hacer para sostener matrices, ideales y estructuras, al mismo tiempo en el que hay que construir,

como diría Max Weber³, organizaciones que respondan a una cierta racionalidad de funcionamiento que es intercambiable entre distintas organizaciones, más allá de la ideología particular de cada una de ellas. En el cooperativismo hay una ideología que sigue sosteniendo un tipo de práctica que está permanentemente en estado de defensiva. Esto también es importante de tener en cuenta, porque tiene que ver con la transformación de los paradigmas políticos, sociales y los propios de lo público.

Cuando un sindicato asume también una responsabilidad empresarial se deja penetrar –lo quiera o no porque es inevitable– por todo lo que eso significa. Ni qué hablar de una organización como Madres de Plaza de Mayo. A ver, una cosa es manejar una organización de militantes, de luchadores, de gente convencida de lo que hace y otra cosa es empezar a administrar una empresa que tiene cinco mil trabajadores, que tiene que comprar y vender productos, que tiene gerentes, ingenieros y administradores, es decir, gente que está ahí porque le pagan un sueldo. No es lo mismo estar en una organización porque uno siente que representa a su mundo de valores éticos y a su convicción política que estar allí, cosa que es razonable, porque uno se formó profesionalmente para desarrollar una determinada actividad.

Creo que ahí aparece un punto también notable porque tiene que ver con algo que está sucediendo en este momento y que viene del año pasado. Me refiero al cambio en la relación con los sindicatos. Efectivamente, la relación de Cristina Fernández con Hugo Moyano no es la misma que la que tenía Néstor Kirchner con el dirigente sindical. Se ha producido ahí un cambio que, quizá, mucho tenga que ver con miradas diferentes respecto al tipo de alianza social que sostiene un proyecto político. El papel de la Confederación General del Trabajo (CGT) y la de su conducción fue clave en el proceso abierto en el año 2003; sobre todo en los momentos de dificultad. A ver, fue un sector social de apoyatura fundamental e inevitable que también implicó, por supuesto, una transferencia de sus propios intereses y de su propia lógica a este tipo de alianza.

Hago hincapié en esto porque estamos frente a un escenario al cual no hay que ni subestimar, ni sobrestimar demasiado. Es decir, no hay que entrar en pánico respecto a “el voto de Del Sel es definitivamente el retorno a los ’90”. Digo, ese voto que nace de una convergencia bastante extraña de sectores sociales que no tienen nada que ver entre sí, que proyectó a un personaje salido de la televisión, de esa esfera mágica que hoy interpela de un modo muy

(3) Maximilian Carl Emil Weber (Erfurt, 21 de abril de 1864 – Munich, 14 de junio de 1920). Filósofo, economista, jurista, politólogo, sociólogo e historiador alemán.

profundo a bastas capas de la ciudadanía en la Argentina y en el mundo y que da cuenta también de un proceso no menor en muchos sectores sociales de despolitización, de desideologización, de mirar el mundo desde una perspectiva que poco tiene que ver con la idea tradicional de política que nosotros manejamos. Ese es un problema no menor porque hay que hacerse cargo también de cómo interpelar a esos sectores sociales.

Claves del año 2010

Si algo queda claro es que el 2010 fue un año extremadamente complejo, milagroso y trágico en la historia argentina. Si lo miramos con una cierta distancia, ha sido un año tremendo. Me refiero a la cristalización de la decisión de la Asignación Universal por Hijo, la realización –previa pero que irradia sobre el 2010– del gran debate sobre la Ley de Servicios Audiovisuales y su aprobación en la cámara de diputados y en la de senadores, el debate y la aprobación de la Ley de Matrimonio Civil e Igualitario, la sorpresa del Bicentenario, la participación popular y la construcción de un relato que dejó una marca muy profunda en el debate de lo que es la Argentina, de lo que fue y de lo que quiere ser. Pero insisto: el 2010 fue un año que, sin la muerte de Néstor Kirchner, ya aparecía como un escenario muy potente de recuperación del kirchnerismo. No es cierto que el kirchnerismo da un vuelco central a partir del veintisiete de octubre del 2010, quedaba claro que ya había un proceso de recuperación que hacía que efectivamente la línea del 40% era algo que estaba cada vez más cerca y que iba a ser más difícil, pero para nada imposible, superarla si el candidato era Néstor Kirchner, por la instalación mediática de una imagen de Kirchner como una suerte de mezcla brutal de troglodita, de salvaje y de violento. Esta construcción social tremenda que se hizo de Kirchner pareció desarticularse cuando la corporación mediática bajó la guardia en ese momento también extraño e insólito que fue que este hombre se viene a morir el día del censo, el día en el que el país todo estaba en un estado de letargo y mirando el mundo como quien suspende por un rato las actividades cotidianas. Pero también se suspende el mecanismo de captura de sentido que involucra fundamentalmente a la corporación mediática. Entonces, la muerte de Néstor Kirchner, la movilización inmediata, la espontaneidad de esa plaza rebasada, la emoción, la participación de los jóvenes y la televisión que no se dio cuenta y que comenzó a recuperar de un modo inocultablemente positivo lo que había hecho este señor supuestamente tan impresentable a lo largo de sus años de gobierno y que había sido prolijamente velada por los grandes medios de comunicación. Y una parte de los argentinos que se levanta a la mañana escuchando radio Mitre, que después pone TN o saca el diario *Clarín* de la puerta de su casa, de repente ve otra cosa. Así fue cómo un sector importante de la sociedad se sintió interpelado. El

gobierno del 2003 al 2007 fue un gobierno que guardaba, para muchos argentinos, el recuerdo de un momento muy importante donde se había logrado quebrarle el espinazo a una línea de inercia decadentista que parecía imposible de revertir. Así, ese Néstor Kirchner apareció de otra manera. No solo para los militantes, no solo para los convencidos; lo importante y lo potente de ese veintisiete de octubre es que corrió un velo de un discurso monocorde, sistemático y brutal y mostró otra cosa, incluso para aquellos que siguieron sintiéndose más o menos lejanos respecto al gobierno del kirchnerismo pero que no pudieron dejar de reconocer que había algo que no era del orden de la impostura. Hay que recordar que no solo por derecha, sino que también por izquierda, se planteaba que el kirchnerismo en realidad era una impostura, que era neomenemismo disfrazado de una retórica sostenida sobre la política de Derechos Humanos y algo más. Lo que quedó en evidencia a lo largo del año 2010, desde las experiencias multitudinarias del Bicentenario hasta lo que significó la despedida popular de Néstor Kirchner, es que estábamos frente a un momento caudaloso de la vida histórica, social y política de la Argentina y que tanto Néstor, como Cristina, eran dos personajes potentes en el interior de ese momento histórico.

Por supuesto que la vida social, política y económica es impiadosa e intratable. Los tiempos siempre se acortan. El desconcierto inicial de la oposición y de las corporaciones económicas y mediáticas se sostuvo solo un momento. Esto permitió mostrar, como nunca en nuestra historia, la capacidad de gestión del gobierno; la capacidad de acción de Cristina Fernández y desechar aquello de que estaba manejada por Néstor. Todo el relato mediático construido alrededor de la figura presidencial caló muy hondo –esto es, una mujer frívola que pensaba todo el día en su maquillaje y en sus carteras- y tuvo un papel muy importante en la ofensiva agromediática y en el clima destituyente. Cuando socialmente se compra la imagen de alguien y se la transforma de una determinada manera es muy difícil volver de eso, y sin embargo Cristina lo logró y de un modo impensado para la oposición. Hoy es inimaginable la vida social sin la impregnación sistemática de los medios de comunicación. Cuando hablamos de neoliberalismo no lo hacemos solo de una transformación económica; no hablamos solo de la transformación del paradigma del estado de bienestar, del capitalismo de producción por el de un capitalismo especulativo financiero, sino que hablamos también de una profunda transformación cultural simbólica, sin la cual una ciudadanía no puede ser interpelada. No se puede solo con la represión. No se puede hacer sólo “pinochetismo” en la vida social de una nación para construir un nuevo sistema económico sostenido en la desigualdad. En Europa, solo se puede desmontar el estado de bienestar si, al mismo tiempo, se generan las condiciones culturales para que esa destitución se pueda llevar adelante. Para que haya un relato y una construcción de sujeto que se sienta identificado

con la economía de mercado, con la sociedad del riesgo, con las nuevas formas de individualismo y con la sospecha recurrente del rol del estado como detractor de los derechos reales del ciudadano que paga impuestos, tiene que avanzar también una lógica del prejuicio que puede llegar a tener, según cada sociedad, distintas formas racistas y una misma infección cultural simbólica que constituya nuevas formas de subjetividad que se identifiquen con el discurso hegemónico. Hoy en España, en Grecia y en Italia se puede advertir una situación muy interesante y muy compleja. Cabe recordar los conflictos en Francia del año 2006 llevados adelante por los hijos de los inmigrantes en los barrios periféricos y excluidos que incendiaban los suburbios diciendo muchas cosas a través de esos incendios. Esto es, buscaban reconocimiento, planteaban la existencia de una sociedad desagregada, mientras que los jóvenes europeos vivían en el paraíso del consumo. España, durante casi treinta años, fue la sociedad de mayor consumo de Europa. A lo largo de la década del '90 y la siguiente, España fue el país de la Comunidad Europea donde se consumieron más autos de alta gama. Cabe recordar al famoso pasotismo que cerró la experiencia de la transición democrática. Bien, después de la muerte de Franco se generalizó ya no el pasotismo nihilista, que era propio de los jóvenes semianarquistas de los años '70, sino que la idea del consumo y del individualismo se transformó en el núcleo de la vida. Esta es la primera generación, después de la posguerra, que siente que va a estar peor que sus padres y que no ve cómo salir de ese destino. Esto plantea un nivel de conflictividad de nuevo tipo en Europa. Porque es "fácil" reprimir al otro, estigmatizarlo o expulsarlo como fue el caso de los gitanos de Francia, pero es muy difícil hacer lo propio con los hijos de los europeos que disfrutaron el famoso bienestar y que ahora, sus descendientes, ven como se les escurre de las manos como la arena.

Dadas así las cosas, en los próximos años vamos a tener un escenario cada más conflictivo, allí donde la respuesta del poder económico frente a la crisis es profundizar el modelo neoliberal. Esta ha sido la respuesta. El rescate del sistema financiero bancario se hizo bajo una lógica de cinismo, de impunidad y de hipocresía inaudita e incluso bajo la complicidad de la mayor parte de los ciudadanos de esas sociedades. Es más, bajo complicidad también de aquellos partidos que, supuestamente, eran los que debían defender el estado de bienestar. Me refiero a los partidos socialistas europeos. Lo que había iniciado la social democracia en la década del '80 fue un proceso de plegamiento de su ideal que terminó convirtiéndola en el actor político que vino a realizar el proyecto neoliberal en las sociedades europeas. Estados Unidos, a través de la derecha republicana, hizo lo propio con Ronald Reagan y George W. Bush. Tanto Reagan, como Margaret Thatcher produjeron una revolución conservadora de la que todavía no hemos salido. Por su parte, América Latina, y más específicamente el sur del continente americano, comenzó a plantear una

crítica central desde principios de la década pasada. Pero en las economías mundiales concentradas y en gran parte del planeta sigue siendo éste el modelo y la matriz. Ya se está viendo en el modo en cómo se responde a la brutal crisis económica. Esto es, con mayor ajuste y culpando al gasto social. Uno podría decir que tanto la comunidad europea como su política monetaria, terminado-bajo las condiciones propias de Europa- llevando adelante el fenómeno de la convertibilidad. Esto es, con una economía poderosa que arrastra todo como es el caso de la economía alemana y con economías menores que están atadas a una moneda que quiebra su propia estructura productiva. Salir de esto es muy complicado porque implica un replanteo muy significativo de la situación.

Digo esto porque en la Argentina, con todas nuestras contradicciones, nuestras complejidades y con nuestros intendentes y gobernadores buenos y malos, se ha llevado a cabo en estos últimos años algo extraordinariamente significativo en casi todos los ordenes de la vida. Por eso todo lo que está en riesgo, por eso lo que se juega en estos meses y por eso las tensiones.

Arena política. Tensiones, prácticas y balance

Tomemos el ejemplo de la ciudad de Buenos Aires. Al macrismo se lo subestimó. La campaña que se pensó contra el macrismo tenía como supuesto fundante que Macri no había hecho nada. Esta es la verdad. La idea, entre todos aquello que nos sentimos en la vereda de enfrente al macrismo, era que Macri era un impresentable, una especie de analfabeto político y que en realidad todo formaba parte una opereta circense que ponía en evidencia que la ciudad de Buenos Aires era un escándalo de mala gestión. A ver, crisis hospitalaria, crisis educativa, la policía metropolitana atravesada por el *affaire* Fino Palacios, la brutalidad con la que se trataba a los sin techo y el discurso xenófobo de Macri sobre los sucesos del Parque Indoamericano, entre otras cuestiones. Todo eso parecía que expresaba algo así como un sentido común de la ciudad de Buenos Aires. Porque cuando Macri gana las elecciones del año 2007 se advertía una suerte de sentido común establecido: La ciudad de Buenos Aires esperaba ver realizado, dentro de un imaginario bastante sostenido y bastante persistente en la ciudad a través del ideal empresario-político, la idea de una gestión que no venía de la política sino que venía de la industria, la empresa, el éxito económico que podría, ahora sí, poner a la ciudad de Buenos Aires en un nivel de desarrollo. Entonces, esperaba una gestión de derecha pragmática pero, en definitiva, una buena gestión. Inmediatamente, la respuesta a eso fue “la gestión es un desastre”; rápidamente, el macrismo fue representado bajo la forma de la impericia concreta. Esto es, una gestión mala, cuadros administrativos

de baja formación, circunstancias impresentables y demás. Por ejemplo, cabe recordar el nombramiento de Abel Posse como ministro de educación. ¿Qué pasó? Se dio una reacción colectiva y Posse tuvo que renunciar.

Entonces, uno llega a la campaña del año 2011 pensando efectivamente que el macrismo era una fuerza poco consistente. Incluso las elecciones del año 2009 mostraron un retroceso electoral muy fuerte del macrismo. Esto fue silenciado e invisibilizado por la corporación mediática porque la noticia era el triunfo de Francisco de Narváez en la provincia de Buenos Aires. Pero el macrismo saca el 31%, con Gabriela Michetti como cabeza en legisladores. Así las cosas, la escena aparecía clara: el macrismo está en retroceso y Cristina ha recapturado lo que se había perdido en el año 2008 y en el 2009.

Creíamos que el macrismo era efectivamente un grupo de chicos herederos que no sabían de qué va el mundo y que estaban resentidos con sus padres. En cambio, resultó que era una máquina muy bien aceiteada y con un clientelismo invisibilizado por los medios a la cual no le prestamos atención. Olvidamos que existe el populismo de derecha; olvidamos que en el origen histórico del populismo, la derecha tiene mucho que hacer y mucho que decir. Hay un neopopulismo que puede mezclar perfectamente el ideal de una sociedad empresarial con el clientelismo sobre sectores populares, más los modelos de despolitización y desideologización que llevan adelante estos proyectos.

También perdimos de vista el valor de los Centros de Gestión y Participación (CGP) Efectivamente, con mucha inteligencia, el macrismo construyó alrededor de los CGP una red de acción bastante bien montada y bastante eficiente. A ver, no todo vecino tiene lo que los alemanes llaman una *weltangschäum*. Todos tenemos, aunque no lo sepamos, una concepción del mundo, pero la mayoría no lo sabe. La mayoría no se dice a sí mismo “soy un individualista que pienso solo en mí” sino que todos pensamos que somos altruistas. Lo que perdimos de vista es que en cierta *weltangschäum* del vecino medio porteño el macrismo vino a resolverle algunas cosas.

Otro punto a tener en cuenta y que tiene una fuerza importante es el populismo televisivo. Cuando Macri va a una villa, besa a una señora, le da la mano y le cuenta un chiste, eso produce un efecto. A ver, no se trata de algo que lo convierta en el gran líder nacional, pero sí es un efecto que, en determinadas circunstancias, opera sobre la situación electoral. Así las cosas y analizando las elecciones en Santa Fe, tenemos la conjunción de un voto del sector agrario, un voto del peronismo conservador y un voto del pobrерío más pobre de todos, como es el voto de Miguel Del Sel.

Por su parte, el Socialismo retrocede pero le alcanza para ganar. El socialismo argentino es equivalente al socialismo europeo. A la hora de la disputa del poder real, terminan del lado del establishment. Uno podría decir que el socialismo santafecino hizo tres o cuatro cosas buenas: acompañó la reestatización del sistema jubilatorio, acompañó la Ley de Servicios Audiovisuales y acompañó la Ley de Matrimonio Civil e Igualitario, pero en términos de la estructura económica santafecina no hizo absolutamente nada. Y Santa Fe es una de las provincias donde la concentración económica es muy grande, donde el papel de la cerealeras es gigantesco y donde los puertos están todos privatizados. Digo esto para que se pueda entender el límite de cierto progresismo argentino. A su vez, se elige como candidata a vicepresidenta a alguien como Norma Morandini⁴, que votó en contra de todas las leyes progresistas de los últimos años.

Respecto de las candidaturas, no me resultan del todo feliz la forma en que se construyeron. Entiendo parte de la lógica empleada y entiendo que ha sido también una jugada muy valiente por parte de Cristina Fernández, sobre todo en lo que respecta a las listas nacionales. Esto es, hacer aquello que Néstor Kirchner no pudo hacer en el año 2007. En aquella ocasión, en función de garantizar el triunfo de Cristina en primera vuelta, se construyó un tipo de alianza que estalló al año siguiente.

La presidenta generó las condiciones para que gran parte de las listas, a nivel nacional, estén encabezadas por candidatos consustanciados con el proyecto. Si bien esto no está nada mal, implica diversas negociaciones con distintos gobernadores e intendentes. La operación actual es que el triunfo de Cristina, para algunos, depende de Daniel Scioli. El gobernador de Buenos Aires parece ser, según estas perspectivas, ahora el gran árbitro de toda esta historia. La construcción es la siguiente: Ya no se trata de Cristina, ya no se trata de las políticas de estos años, sino que ahora es el turno de Scioli. Con esto se apunta a que, de ganar Cristina, Scioli tiene que ser la salida blanca del kirchnerismo. Se avizora un 2015 con dos grandes contendientes: Scioli y Macri. Esta es la escena construible desde la lógica del poder. Noten cómo Scioli, rápidamente, saluda a Del Sel luego de haberse conocido el resultado de los comicios en Santa Fe. Porque Scioli es Scioli; Scioli es un invento de Menem. Yo tengo una visión más o menos complicada de él. Pero tengo que reconocerle a Scioli algunas virtudes. Recuerdo un acto muy importante que se hizo en el año 2010 en la cancha de Ferrocarril Oeste que organizó el Movimiento Evita

(4) Norma Morandini, Córdoba, 31 de marzo de 1949, periodista y escritora. Senadora Alianza Frente Cívico.

y del que participó lo que podríamos llamar “el kirchnerismo progresista”. En ese acto Scioli fue uno de los oradores y comenzó su intervención diciendo “yo sé que todos ustedes sospechan de mí”. Ese fue un discurso muy inteligente de Scioli. Ahora bien, eso no implica que Scioli no sea Scioli.

Pero Scioli también sabe cuál es el tiempo de su propia historia. Y sabe que en el tiempo de su propia historia, Kirchner antes y ahora Cristina van a hacer lo imposible para que ese tiempo nunca llegue. Lo sabe perfectamente. Y sabe también que, de alguna manera, él está atado a un movimiento, a un proceso y a un proyecto que lo involucra indefectiblemente. A ver, la decisión de Cristina de apoyar la colectora de Martín Sabbatella no requiere ningún análisis fino. Es para garantizar que el voto de Cristina sea mayor que el que reciba Scioli. Digo esto en función de las disputas, de lo que se va a venir y de lo que se abre a partir del veinticuatro de octubre del año 2010 hacia el interior del kirchnerismo, porque la gran electora ya no puede ser candidata en el año 2015. Eso plantea no pocas dificultades. Aquí me arriesgo a decir que es una enorme pena que ni Daniel Filmus ni Agustín Rossi hayan podido hacer grandes elecciones porque son exponentes de un núcleo que a mí me importa y me interesa del kirchnerismo. En parte, hay un retroceso, de algún modo, de lo que podríamos llamar el kirchnerismo no soldado de gobernadores, intendentes y del propio Partido Justicialista. Digo “en parte” porque la forma de armar las listas a nivel nacional, tienden a limitar el poder del PJ y de los gobernadores. Pero hubiera sido mejor con otro resultado electoral al menos en Buenos Aires y en Santa Fe.

Creo que esto le sirve al gobierno. El gobierno ha sabido aprender de sus propios errores. El poder está dirigiendo su mira de una forma muy sistemática contra Hugo Moyano, contra Hebe de Bonafini, contra las Abuelas de Plaza de Mayo y contra aquellos que apoyamos al proyecto de manera muy sistemática. Desarmar la política de Derechos Humanos es un rasgo fundamental de la ofensiva de la restauración conservadora. Queda claro que las señales de cara a octubre tienen que hacerse cargo de que todavía Cristina tiene un gran caudal de votos; hay una oposición que no termina de consolidarse y no hay un candidato que pueda disputar realmente la presidencia. No puedo imaginar que Duhalde o Alfonsín puedan recibir el 50,01% del voto de los argentinos. Creo que Cristina va a ganar ampliamente en la primera vuelta, pese a todo lo que está pasando. Porque va a ganar y va a arrasar en el interior del país y sobre todo en la provincia de Buenos Aires. Por supuesto, esto también implica no perder de vista a la complejidad del escenario y sobre todo ser capaces de articular un juego de acción que no se deje llevar por la ola triunfalista.